

Celebración del Día del Catequista en Ciudad Real

Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Ciudad Real

En este mes de octubre celebramos cada año el Día del Catequista, celebración desde la que, repetidamente, recibimos la llamada especial de parte del Señor a «ser creyentes y transmisores de la fe». San Pablo nos puede servir de ejemplo en quien fijarnos, para lograr ser unos auténticos catequistas, porque él es modelo de creyente y prototipo como transmisor de la fe.

Todo cuanto Pablo va a transmitir a las iglesias, va a ser su propia experiencia:

- Cuando habla de las dificultades para seguir a Jesús, son las suyas: el hambre, la desnudez, el peligro, la espada.
- Cuando habla de cómo vencer todas las dificultades, nos muestra su experiencia: en todo esto fácilmente vencemos por Aquel que nos ama. «Te basta mi gracia» (1 Cor 12, 9).
- Si habla del amor que Dios nos tiene, explicita su propia experiencia: «Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20).
- La experiencia vivida, la fe que él tiene en el Señor, le quema de tal manera su corazón que no puede menos de comunicarlo a los demás: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe» (1 Cor 9, 1).
- A nosotros, nuestra fe y nuestra condición de catequistas nos supone y exige dos actitudes importantes: una primera, ser nosotros auténticos discípulos, seguidores de su persona y su mensaje, de su estilo de vida, porque nadie puede dar lo que no tiene.

El discipulado supone una conversión constante en nosotros para responder positivamente y poder continuamente renovar nuestra fe y que esta sea realmente viva.

Una segunda es ser misioneros, apóstoles y transmisores de nuestra fe, de nuestro estilo de vida a los demás, porque una experiencia así necesariamente nos debe llevar a comunicarla a los demás.

Ambas actitudes nos piden una renovación constante de nuestra fe personal, porque solo desde una fe viva, renovada y transformadora, podemos ser, realmente apóstol y misionero; solo desde mi experiencia de fe, puedo comunicar el mensaje de Cristo a los que trato de catequizar; solo desde una fe viva y transformadora, puedo ser un auténtico catequista.

La dificultad que sentimos en nuestro ser catequistas, no está tanto ni solo en los demás, aunque también; pero, sobre todo, está dentro de nosotros mismos, está en nuestra manera de vivir personalmente la fe. Los que reciben nuestra catequesis, perciben nuestra fe débil y no se entusiasman por el seguimiento de Jesús porque no nos ven entusiasmados a nosotros; nuestra vida cristiana no molesta a nadie, pero no atrae a nadie tampoco.

Como catequistas, hemos de renovar nuestro compromiso, nuestra audacia, nuestra esperanza y nuestra fe en lo que hacemos. Para eso es necesario renovar profundamente nuestra identidad de seguidores y discípulos de Jesús; renovar nuestra ilusión, el sentido de nuestra tarea, nuestra conciencia de la llamada que el Señor nos hace; sentir de verdad que somos necesarios y convencernos de que nuestra misión y nuestra tarea es muy importante y que la tenemos que llevar adelante con todo el empeño y de la mejor forma que sepamos.

Que Dios os bendiga y os ayude a poner lo mejor de vosotros mismos, al servicio de Dios y de los demás, desde vuestra identidad de catequistas, siendo vosotros verdaderos seguidores de Cristo, y desde vuestra fe, transmitáis a los demás vuestra experiencia de creyentes, unida al mensaje salvador de Cristo.

2 de octubre de 2016